



de archivero de la Catedral de Valencia, son respectivamente presidente y secretario de la Comisión de expertos en historia y archivística para estos procesos de beatificación.

El libro ofrece también documentos relevantes relacionados con los procesos, listas de los sacerdotes diocesanos mártires, relación de las mujeres de Acción Católica asesinadas, relación de los hombres de los que existe documentación para un posible proceso, causas de beatificación de religiosos y religiosas, y lista de beatificados por Juan Pablo II. Precede una introducción sobre el martirologio diocesano y la persecución religiosa.

P. J. Simón-Ezquerro

Vicente CÁRCEL-ORTÍ, *Pasión por el Sacerdocio. Biografía del Siervo de Dios José María García Lahiguera*, BAC, Madrid 1997, XXXVII + 424 pp.

Mons. Agustín García Gascó escribe el prólogo de la biografía de uno de sus próximos predecesores en la Sede metropolitana de Valencia: el Siervo de Dios José María García Lahiguera, un gran sacerdote, cuyo proceso de beatificación está ya en marcha. Mons. Cárcel Ortí, valenciano de nacimiento e infatigable investigador de la historia de la Iglesia contemporánea, es el autor de este excelente libro, impregnado de veneración y afecto hacia la persona del biografiado.

El título de la obra ya resulta sobradamente significativo: Mons. García Lahiguera amó apasionadamente el sacerdocio y lo vivió con humildad profunda y generosa entrega durante toda su vida. Fue un gran formador de sacerdotes a lo largo de los casi veinte años en que ejerció el cargo de Director espiritual del Seminario de Madrid. Y luego siguió trabajando como el siervo bueno y fiel de la parábola evangélica, en sus sucesivos ministerios de Obispo auxiliar de Madrid, Obispo de Huelva y Arzobispo de Valencia. Cada uno de esos períodos de su vida constituyen un capítulo del libro, que culmina en el de los años de su jubilación, marcados por

el sufrimiento físico y más aún por el dolor que le producían los padecimientos de la Iglesia, y en especial las secularizaciones y la grave crisis de vocaciones sacerdotales que se dieron durante aquellos años.

Don José María fue —como decimos— un insigne formador de sacerdotes y, consagrado a esta tarea, vivió en Madrid los años difíciles de la II República y de la persecución religiosa durante la Guerra civil. Sobre este crítico período el libro aporta un dato estadístico impresionante, porque es un buen índice del talante espiritual de aquella generación de sacerdotes; unos sacerdotes que quizá no hubieran recibido una exquisita preparación teológica —como sostenía en 1934 el informe del nuncio Tedeschini sobre el estado de los seminarios españoles— y que, sin embargo, supieron ser heroicamente fieles a Dios y a la Iglesia en 1936, al precio incluso tantas veces de su propia vida. La diócesis de Madrid contaba al comienzo de la Guerra civil con 1118 sacerdotes, muchos de los cuales habrían sido formados en el Seminario en los años en que fue Director espiritual don José María. De esos sacerdotes, 334 —la tercera parte— fueron martirizados. De los supervivientes, no hubo más que una sola deserción, la de un sacerdote que contrajo matrimonio civil. Todos los demás, cuando terminó la Guerra permanecían fieles a su sacerdocio.

Otro capítulo interesante es el que el Autor dedica a los «Amigos del Siervo de Dios», que está tomado en buena parte de la biografía escrita por Don Salvador Muñoz Iglesias. Las Beatas Genoveva Torres Morales y María Maravillas de Jesús, el insigne converso Don Manuel García Morente, el Siervo de Dios Don Eladio España, infatigable apóstol de la juventud valenciana, fueron algunos de esos amigos. Especial mención merece el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. El Fundador del Opus Dei entró en contacto con García Lahiguera el 2 de febrero de 1932 y le expuso con toda confianza la empresa divina a cuya realización en la tierra se hallaba plenamente dedicado desde el 2 de octubre de 1928. Esta amistad sacerdotal fue la causa de



que, en momentos de implacable contradicción, particularmente dolorosos para el Beato Josemaría, éste tomó por confesor a Mons. García Lahiguera y se confesó semanalmente con él durante casi cinco años, hasta junio de 1944, cuando se ordenaron los primeros sacerdotes del Opus Dei.

La santidad sacerdotal fue el objetivo permanente del espíritu y de la obra del Siervo de Dios. Orar por la santidad de los sacerdotes fue fin principal de la congregación de las hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, fundada por él. Seguramente, una de las últimas alegrías que tuvo en este mundo Mons. García Lahiguera fue la concesión del *Decretum Laudis* a las Hermanas Oblatas, que se convirtieron así en Institución de Derecho Pontificio de la Iglesia universal.

J. Orlandis

José Antonio CARRO CELADA, *Jesucristo en la literatura española e hispanoamericana del siglo XX*, La Editorial Católica (BAC), Madrid, 1997, 142 pp.

Aunque parezca mentira, no todos los libros de crítica literaria descubren a un autor enamorado de la literatura. Este, sin embargo, sí lo hace a pesar de que no pueda decirse de él que sea un texto de orientación convencional. El repaso de la literatura en lengua castellana de tema cristiano se hace a través de un seguimiento de los distintos jalones de la vida de Jesús en la tierra: el Nacimiento (que da lugar a una numerosa literatura navideña hasta los años 50), los años de vida oculta (preciosos para especular literariamente sobre ellos), las secuencias de la vida pública, la Pasión y la Resurrección. Acaba el libro con algunos testimonios ortodoxos y heterodoxos sobre el Salvador: «Figuras de Jesús y Jesús desfigurado» (así, por ejemplo, las estampas sobre la Pasión de Gabriel Miró, frente a la visión inmanentista de *Hijo de hombre* de Roa Bastos).

Aunque son muchos y variados los testimonios aducidos a lo largo del libro, Carro Celada asegura que sólo se han producido dos

obras maestras sobre el tema en este siglo: *El Cristo de Velázquez* de Unamuno y las *Figuras de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* de Gabriel Miró. Es posible, sin duda alguna, que sea así: pero no conviene olvidar que la figura de Jesús es central en una de las obras poéticas tan extraordinaria como la de César Vallejo.

El panorama que se ofrece es bastante completo en lo que se refiere a la literatura española (García Lorca, Unamuno, Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Jacinto Grau, Gabriel Miró, José Luis Martín Descalzo, etc.) y en el caso hispanoamericano (Eliseo Diego, Gabriela Mistral, Augusto Roa Bastos, Jorge Luis Borges, Pablo Antonio Cuadra, Nicanor Parra, etc.). Se echa de menos alguna figura señera como el argentino Leopoldo Marechal, que en su monumental *Adán Buenosayres* (1948) sitúa un Cristo de la Mano Rota que interviene silenciosamente en la vida del protagonista.

Hay algunos otros aspectos que, tal vez por la misma índole del libro, no se han desarrollado. Por ejemplo: la mayor presencia de poetas en relación con los novelistas y, sobre todo, con los dramaturgos. Las respuestas pueden dispararse: ¿Es un signo de que los testimonios de fe (o los problemas de fe) se han circunscrito en este siglo a la esfera de lo personal? ¿O se trata más bien de un indicio más de la pérdida del espacio público por parte de la Iglesia? ¿No será que el género lírico se corresponde mejor con la efusión religiosa hoy día? Otra cuestión interesante habría sido la consideración de los períodos en los que la literatura de Jesucristo se ha desarrollado con más intensidad. No es casual, por ejemplo, que haya muchos poetas españoles de los años cuarenta figurando en estas páginas. Y sólo el hecho de manifestar la progresiva secularización de la literatura española, como hace el autor en su «Introducción» (18), pide una atención mayor en este declive del tema. De cualquier forma, la finalidad informativa del libro se cumple sobradamente. He aquí, pues, un libro útil y ameno.

J. de Navascués